

Chocolate - *iChocolate*

¡Qué arrugado ha quedado! Estiro el envoltorio azul y trato de alisarlo con los dedos, con mucho cuidado. Sin querer, leo y releo en estado de trance las cinco letras escritas con rotulador negro permanente:

LUV U.R.

Él sabía lo que me gusta el chocolate; a veces. El chocolate y el fútbol. Pero sobre todo él. Él me gustaba tanto...

LUV U.R.

*Makhulu** apoya su mano rugosa y caliente sobre mi hombro:

—Jabu, tienes que comer algo. Dudo que él hubiese querido que pasases hambre y te debilitaras. No lo habría consentido.

La abuela es tan mayor... Nadie lo sabe con exactitud. Ni siquiera ella misma. ¿Ochenta, noventa años? Siempre tiene las manos calientes.

LUV U.R.

El envoltorio azul es de papel de plata, aún brilla; de una tableta de chocolate Cadbury, el caro, con nueces enteras. Me la regaló él. Compró la grande y le costó más de veinte *rand**: ¡una fortuna! Sin embargo, el rotulador negro permanente no sé de dónde lo sacó. Quizá se lo prestaron. Las demás tintas se emborronan sobre el papel de plata.

LUV U.R.

A pesar de que no tenía móvil, conocía las abreviaturas de los SMS mejor que yo. Él solo balbuceaba un par de palabras en *xhosa** y yo no tenía

ni idea de *shona**. Pero en inglés nos defendíamos los dos de sobra. La noche que me regaló la tableta de chocolate, se arrimó a mí y me susurró algo al oído que al principio no entendí.

Me hacía cosquillas en la oreja y no pude contener la risa.

—¿Qué dices?

Pero él no estaba preparado para decirlo en voz alta. Con su fuerte mano sobre mi mejilla, me atrajo de nuevo hacia él. Noté su cálido aliento y entonces, cuando volvió a susurrarme por segunda vez al oído «*Ndiyakuthanda, Jabulile!*», me di cuenta que hablaba en mi idioma; debía de haber aprendido un par de palabras por su cuenta, ¿quién se las habría enseñado? Después se apartó de mí, más de lo necesario, y me miró expectante.

—¿Y bien?

—Sí, yo también —musité insegura—. Cómo progresas, ¡no es nada fácil de conjugar!

Un verbo que hasta ahora solo le había oído en la televisión; casi siempre en alguna película romántica demasiado cursi. A mí, nadie me había dicho algo así. Los otros chicos eran imbéciles y a

veces gritaban: «¿Te das una vuelta conmigo, preciosa?» o «¿Quieres un besito?». Pero desde la otra acera, cuanto más lejos mejor, para que todo el mundo lo oyera. Ante todo se trataba de eso, de nada más; era lo único que les importaba.

Él quería que solo lo oyera yo: *Ndiyakuthanda* (te quiero). Algo que cuesta decir, aparte de cómo se conjuga. En cualquier idioma, creo. Por lo menos cuando se dice de verdad.

Cuando miro las letras escritas sobre el envoltorio azul oigo de nuevo su voz, como si la recuperase del olvido. Ya le estaba cambiando, la voz, a pesar de que apenas me sacaba unos meses. Acababa de cumplir quince años. A veces se le quebraba y le salía voz de pito, como la de un niño, aunque casi siempre sonaba grave y varonil. Pero no de chico joven sino de hombre. De vez en cuando algo ronca, entonces carraspeaba. Su voz era un bálsamo para mis oídos, me tranquilizaba como nada en el mundo.

LUV U., escrito en letras mayúsculas, bien grandes y negras.

Love you.

Y la R., su nombre: Romeo.

Se me escapó la risa la primera vez que le oí decir: «¡Romeo y Julieta!».

—Ojalá fuera por eso —añadió él después, también en medio de un ataque de risa—, pero dudo que mi padre supiera quién era Shakespeare. A él le volvían loco los coches, sobre todo los caros, los de importación. Su favorito, con diferencia, era un coche de carreras italiano que vio en Harare en cierta ocasión, mientras visitaba a su hermano mayor: un Alfa Romeo. Si fuese chica probablemente me hubiera llamado Alfa... ¿Y el tuyo? —preguntó de pronto, picado por la curiosidad—, ¿qué significa *Jabulile*?

—Lo escogió *makhulu*; ella me crío. Mi madre murió en el parto. Fue un duro golpe, imagina qué tristes estaban todos. La abuela cuenta de mí que ya de bebé siempre trataba de hacerles reír. Una cría de dos meses se convirtió en la *show woman* de la familia; o algo parecido. *Jabulile* significa: la que hace feliz a los demás.

Romeo sonrió con picardía.

—¡Tu abuela tiene razón! Te imagino perfectamente trabajando en un circo.

—¿Ah, sí? ¿Como payasa entre número y número o qué? —repliqué molesta.

Él se desdijo enseguida.

—No, no, me refería como cantante o bailarina, ¡trapecista! Con uno de esos vestidos tan cortos...

—¡A ti te falta un tornillo! —le interrumpí, sin parar de reír—. En todo caso, boxeadora, así dejaría k.o. a todos los hombres; o no, mejor, lucharía contra los leones.

Eso pareció persuadirle; se dio por vencido.

—De acuerdo, olvidémoslo... Jabulile, eres la primera persona que me hace tan feliz; también a mí —añadió entonces de improviso.

Casi siempre nos veíamos por la noche. Después del entrenamiento, me acercaba a su refugio clandestino. Nadie conocía nuestro escondite. Entonces yo todavía jugaba al fútbol. En el primer equipo femenino de la historia de nuestro *township*. Y no lo hacía mal, era buena; desde

hacía un par de semanas, de hecho jugaba como centrocampista.

Después de aquella terrible noche no he vuelto a pisar un campo de fútbol; ni para ver un partido ni para entrenar. No como y solo bebo un sorbo de agua de vez en cuando. Ya no hago feliz a nadie.

No encuentro una razón para seguir viviendo. Sin él.

Todo ocurrió apenas hace unos días. Aún puedo oír como gritaba mi nombre. Aún recuerdo el olor del sudor sobre su piel, después de un largo día de trabajo en la empresa de construcción. Lo veo cojear delante de mí; la secuela de una poliome-litis que padeció de crío. Podría describir con todo detalle cada uno de sus abrazos; el tacto, la presión de sus brazos. Aquella cercanía, firmeza y calidez.

A pesar de que solo tengo trece años, soy una chica fuerte; aun así, nunca me había sentido tan segura y protegida como con él. Me recordaba un poco a la abuela, a cuando me llevaba a la cama de pequeña. Entonces, también pensaba: «Estoy a salvo, puedo dormir tranquila: no estoy sola».

Tan segura... Hasta aquella noche.

Apenas parecen quedar secuelas de lo que ocurrió. De nuevo, reinan la paz y el orden en nuestro *township*. Las calles vuelven a estar limpias y recogidas; casi. Apenas quedan periodistas. Solo la policía sigue patrullando la zona con regularidad, sobre todo por las noches. Han apilado los restos carbonizados de las chozas incendiadas a la salida de la carretera, justo al lado de la parada del taxi colectivo. Ojalá fuera posible obviar ese vertedero y el hedor a quemado que desprende; por un instante, creer que todo fue una pesadilla.

¿Y las víctimas? Han desaparecido sin dejar ni rastro. Todas ellas; vivas y muertas. Por el momento. Corren rumores de que han trasladado a los supervivientes a un campo de refugiados de la costa. En verano, allí suelen montar un mísero campamento que apenas cuenta con un par de letrinas rudimentarias. Un total de dos mil niños, mujeres y hombres. Expedidos y despachados en camiones como ganado, sin ningún miramiento. Procedentes de nuestro *township* y también de otros.

El campo de refugiados lleva el hermoso nombre *afrikáans** de *Soetwater*: Agua Dulce. Aparte del nombre, poco o nada tiene de dulce. Es un lugar inhóspito, expuesto a las inclemencias del tiempo, en el que ahora, en pleno invierno, ni siquiera a un perro se le ocurriría vagabundear por allí. En ocasiones la violencia de los temporales arrastra grandes masas de agua espumeante tierra adentro que cubren el terreno con una fría y húmeda costra de salitre.

Darí­a lo que fuera, mi vida, con tal de que él se encontrara allí; al menos él. Entonces, aunque fuera lo último que hiciera, le llevarí­a comida; sin importar lo que dijese mi padre. Y mantas. Y planearí­amos juntos nuestra huida. Su regreso al hogar, nuestro hogar. O me irí­a con él a su paí­s, a Zimbabue*. El amor mueve monta­ñas. Cuando estás enamorado, lo demás no importa; siempre que no estés solo...

Así­ estoy ahora, sentada delante de la *spazashop** de mi padre: *Supa-Cash*. El nombre apenas se distingue en el gran letrero blanco y rojo de Coca Cola, bastante desvencijado, que pende sobre la

puerta de entrada. Ya no llevo el vendaje, una pequeña tirita sobre la nuca basta para cubrir el lugar donde me alcanzó la pedrada.

Dentro de la oscura tienda, la voz imperiosa de mi padre me requiere:

—Yiza, ven, aún tienes que barrer, ¿no puedo ocuparme de todo!

Yo ni contesto. En circunstancias normales ya habría salido hecho una furia y me habría gritado o tirado de los pelos. Desde aquella noche, sin embargo, me deja hacer y deshacer a mi antojo. Solo hablámos lo indispensable.

A Lonwabo, mi hermano mayor, ni siquiera le dirijo la palabra. Jamás lo perdonaré. Él estuvo presente aquella noche. Y me da igual que al final le entrara el cague y se arrepintiese, fue él quien incitó a sus amigos. Solo con verlo me pongo enferma.

La única que me queda es *makhulu*; mi confidente, en ella puedo confiar. Sin conocer a Romeo de nada, está de nuestra parte.

Esta noche me hace compañía; está sentada aquí, a mi lado, sobre el banco cojo de madera que

hay a la entrada de la tienda de mi padre. Guarda silencio, su cabello canoso refulge plateado a la dorada luz del atardecer.

—Mira —dice, conforme el sol desaparece detrás de la casa de enfrente y sopla una fresca brisa nocturna—. Ten, esto es para ti.

Es un grueso cuaderno con tapas de hule negro sin estrenar; cada una de sus páginas está en blanco: ni una palabra, nada. Me recuerda a los cuadernos del colegio. La miro con gesto interrogativo cuando lo deposita sobre mi mano, como un tesoro.

—Para que guardes el envoltorio de chocolate —me explica con su voz profunda, mientras se enciende una pipa de caño largo y le da varias chupadas, hasta asegurarse de que ha prendido—. Y todo aquello que no quieras olvidar, me imagino que mucho...

Siempre llevo el envoltorio azul conmigo; a todas partes. Nunca me separo de él. Ni siquiera por la noche; me tranquiliza saberlo bajo la almohada. Durante el día, pliego su declaración de amor hasta que me cabe en el bolsillo trasero

Lutz van Dijk

del pantalón vaquero. Es el único recuerdo palpable, y por tanto real, que aún me queda de él.

Lo demás sigue dentro de mí, muy, muy adentro. Quizá sepultado.